Citas debajo del olmo

José María

del Caminero

ZONADO

SPRUDENCIA,

RRICHE,

RE O.

CITAS DEBAXO DEL OLMO.

COMEDIA

EN TRES ACTOS.

CITAS DEBAXO DEL OLMO.

COMEDIA

EN TRES ACTOS

POR

D. JOSEF MARIA DE CARNERERO,



MADRID MDCCCI.
En la imprenta de la Viuda de Ibarra.
CON LICENCIA.

AL EX.MO SEÑOR
DON VICENTE JOAQUIN OSORIO
DE MOSCOSO,

GUZMAN, VELEZ, LADRON DE GUEVARA, FERNANDEZ DE CORDOBA Y CARDONA, HURTADO DE MENDOZA, CARDENAS, FELIPEZ DE GUZMAN, DAVILA, ROXAS, MANRIQUE DE ZUÑIGA, SARMIENTO DE VALLADARES, REQUESENS, NAVARRA Y ARAGON: MARQUES DE ASTORGA, CONDE DE ALTAMIRA, DUQUE DE SESA, ETC. ETC. GRANDE DE ESPAÑA DE PRIMERA CLASE, CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOYSON DE ORO, GRAN CRUZ DE LA DE CARLOS III. CONSEJERO DE ESTADO, GENTILHOMBRE DE CAMARA DE S. M. CON EXERCICIO, Y SU CABALLERIZO MAYOR HONORARIO, ETC.

EX.MO SEÑOR.

Si aun los hombres, cuyas obras

merecen la aceptacion del público, siempre que han de presentarle algunas, solicitan de nuevo que salgan acompañadas de la proteccion de un poderoso Mecénas; injustamente padeceré yo la nota de orgulloso y temerario, si pretendiendo en la edad de quince años dar una pequeña muestra del aprovechamiento que en el corto tiempo de mis estudios haya adqurido, procuro el patrocinio de V. E.: porque siendo mi primer ensayo la presente Comedia ¿que otro Mecénas podré ahora elegir que á V. E., á cuya in-

teligencia y acierto se debe la direccion de un Coliseo nuevamente destinado, tanto para la execucion de Operas españolas, como para la representacion de Tragedias y Comedias? ¿Y quanto no me alentará el ver que V. E. benignamente me favorece, y se digna mirar sin desprecio esta pequeña obra que tengo el honor de presentarle? En efecto, Excelentísimo Señor, si V. E. la admite baxo sus auspicios, animará los deseos que tengo de adelantar, y poder á lo ménos ser útil á mi pa-

tria; y estimulado con el favor de V. E. me contemplaré dichoso, y mi trabajo quedará completamente remunerado.

EX.^{MO} SEÑOR.

B. L. M. de V. E.

su mas at.^{to} y recon.^{do} serv.^{or}

Josef María de Carnerero,

ADVERTENCIA.

La Comedia que presento al público se escribió en frances en prosa, atribuyéndola unos á Mr. Regnar, otros á Mr. Dufreni, aunque yo creo que efectivamente sea de éste: sin embargo de que habiéndose primero impreso baxo el nombre de Regnar, les pareció despues conveniente á los Editores de sus obras dexarla entre ellas, y contarla en el número de sus Comedias. Mas prescindiendo desde luego de quien sea su verdadero Autor, pues sea quien fuere, si tiene mérito es evidente que de todas maneras subsistirá con el mismo, bastará decir, que se escribió en un acto, y que de consiguiente me ha sido preci-

so amplificarla mucho para poderla poner en tres. Ahora daré una breve idea del método que en ella he seguido, y de las partes en que he escrito originalmente.

Consta esta pieza en el frances de catorce escenas, todas ellas con excelente diálogo, y primorosamente enlazadas. Las mas principales, ó por mejor decir las mejores, están aprovechadas en mi Comedia, aunque no con la misma disposicion, como voy á manifestar. La primera escena del original es tambien la primera en la mia, aunque traducida libremente. La segunda y tercera son tomadas tambien de las francesas; pero en tales términos, que mas bien parecen originales, como realmente lo son las restantes del primer acto. Asímismo es original todo el acto segundo, y dexo como debo el

juicio de él á los lectores, y por lo que toca al tercero será suficiente decir, que en él se encuentran algunas escenas de Mr. Dufreni, como son la séptima y la octava: esto por lo que pertenece á la general disposicion de la Comedia. Considérese ahora ¿que alteracion no habrá sido precisa para hacer tres actos de solo uno? ¿Y quantas escenas originales deberá haber en todo el discurso del drama? ¿Y quanta mas será esta alteracion, quanto las escenas aprovechadas se encuentran en un órden y enlace muy diferente del que tienen en frances? En efecto, puede decirse que la Comedia (como hecha casi de nuevo) es original; mas no quiero exponerme á la crítica que de mí se haria si quisiera venderla por tal, porque al fin el pensamiento y el desenlace no son

mios, aun quando lo sea lo mas de la Comedia.

Igualmente he aumentado personages, como se ve en Silverio, padre de Agueda, y en Colin criado de Leandro. El carácter de Agueda es tan distinto del que la da Dufreni, que sería indispensable mudar todo el argumento para darle el mismo. Alucinada por las fingidas riquezas de Doranto, determina voluntariamente casarse con él, y no hace caso de su verdadero amante: esto en la pieza francesa; pero en la castellana es su padre el alucinado, y ella casi se ve obligada á casarse con Doranto, hombre perverso y seductor. Firmemente apasionada de Leandro procura resistirse á las intenciones de su padre, y no es de ningun modo aquella Agueda de Dufreni. Este no introduce á

semejante Silverio, y la Comedia sin embargo va con buen órden: en la mia se interpola á Silverio, y quitado, no hay enlace, no hay argumento, y la pieza se destruye. Aquí se ve que precisamente ha de haber mucha mudanza en la disposicion, y notable diferencia en los caractéres. La frivolidad de dar distintos nombres á algunos personages, no merece que se haga advertencia alguna acerca de ella. Escribióse tambien esta Comedia en frances con el título de *Attendez moi sous l'orme*, y me ha parecido mas adecuado intitularla: Citas debaxo del Olmo, que esperadme debaxo del Olmo, aunque el sentido es el mismo. Al mismo tiempo he mudado el lugar de la escena, constituyéndole en el campo de una aldea inmediata á Madrid: es verdad que esto no

puede influir para el mérito de la Comedia; mas sin embargo lo advierto, pareciéndome que he señalado los puntos mas principales que pueden notarse.

PERSONAS.

SILVERIO, *mayorazgo avaro, padre de* AGUEDA.

LEANDRO, *amante suyo, y hermano de* LISETA.

DORANTO, *oficial retirado, hombre seductor, y de malas costumbres.*

PABLO, *su criado.*

COLIN, *criado de Leandro.*

Aldeanos y Aldeanas, &c.

La escena no se muda en toda la Comedia, y se finge en el campo de un lugar inmediato á Madrid.

El teatro representa una campiña florida y amena con cuesta á lo léjos. Habrá diversas piedras rústicas, y diferentes árboles repartidos por la escena, y enmedio un olmo, baxo del qual se puedan acomodar varias personas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

DORANTO Y PABLO.

PABLO.

Señor, usted no se enfade
si acaso me explico claro,
que no es justo que yo pague,
siendo un mísero criado,
los devaneos de usted.
Usted ya se ha retirado
del Regimiento, y no obstante
á troche y moche gastando,
no considera que yo
soy tan solo quien lo pago.
Desde nuestra guarnicion
hasta aquí he adelantado
todo el gasto del viage.
Tres meses hace que estamos
en este lugar, y usted
no ha afloxado ni un ochavo.
Usted quiere que le fie,
pero yo como he notado

que nunca me pagará,
á servir á otro me marcho:
deme, pues, lo que me debe,
y al mismo tiempo el salario.

DORANTO.

Hombre, tú eres el demonio:
pues dime, maldito, ¿acaso
dudas de que yo te pague?

PABLO.

Calla, calla, ¿en eso estamos?
¿pues no quiere usted que dude,
si despues de tiempo tanto
como le sirvo no he visto
todavía....

DORANTO.

¡Que marrajo
que eres Pablito! ¿No sabes?..

PABLO.

Lo que yo sé es que me marcho,
y que quiero mi dinero.

DORANTO.

Repito que eres el diablo.

PABLO.

¿Que hay que extrañar si lo son
comunmente los criados?
Pero sean lo que sean,

no es de eso de lo que hablamos:
mi dinero, que me voy:
esto solo me hace al caso.

DORANTO.

Hombre, ten cachaza....

PABLO.

Bueno....
¿yo cachaza?... por San Pablo
que eso solo me faltaba.
Si con viveza no alcanzo
lo que quiero, ¿que sería
si yo me estuviese holgando?
Esto es menester con hombres *Aparte.*
tramposos como mi amo.

DORANTO.

Créeme, Pablo, que el dexar
de servir á un Retirado,
es reñir con la fortuna.

PABLO.

Já, já, ¡que risa me ha dado!
pues diciendo la verdad,
(y á fe mia no me engaño)
desde que le sirvo, creo
que con ella he regañado;
mas soy mas que la fortuna,
y á nuestro cuento volvamos:

mi dinero....

DORANTO.

¡Que animal!

PABLO.

Estoy ya determinado,
sí señor, esto es preciso,
sí señor; estoy cansado
de estarle sirviendo á usted,
y de que me alce la mano,
dándome mal de comer.
Estoy tambien fatigado
de estar por las noches hecho
un estafermo, esperando
que usted de algun juego salga
lo mismo que un renegado,
porque siempre perder suele:
de estarle á usted separando
de mugercillas; y en fin,
señor Doranto, estoy harto
de sufrir una conducta
impropia de un hombre honrado.
Pues ¿y el trabajo de estar
en la antesala hecho un ganso
miéntras que usted se emborracha
en la mesa con descanso?
Ahí es nada.... No señor....

no me conviene : me marcho;
y ademas, aun quando quiera
quedarme, imposible lo hallo.
Voy á casarme con cierta
muchacha.... vaya.... es un pasmo
en hermosura. Sirviendo
á una petimetra ha estado,
de suerte que.... esta es la causa
de estar yo tan afanado.

DORANTO.

Pues hombre.... yo aún no he visto
esa muchacha, y lo extraño.

PABLO.

Ni quiera Dios que la vea
jamas; despues del cuidado
que yo tengo de ocultarla. *Aparte*
Es muy guapa (demasiado) *con viveza.*
para que la vea usted.
Pero esto no es del caso,
y lo principal olvido.
Hace, señor, quatro años
que le estoy á usted sirviendo,
y me debe mil y quatro
realejos de morondanga
á cuenta de mi salario.
Yo en lugar de recibirlos,

solo he recibido varios
puntapies en el trasero,
y diversos garrotazos.
Pero ahora.... yo confio....
Porque ello es dinero al cabo.

DORANTO.

¿Que he tenido la paciencia
de sufrir á un bribonazo
quatro años nada ménos?
¿á un picaron quatro años?

PABLO.

Quatro años cabalitos.

DORANTO.

¿A un necio?

PABLO.

Mucho.

DORANTO.

¿A un malvado?
¿A un bribon digno de estar
por el pescuezo colgado?
A un presidio.

PABLO.

Por San Pedro
que he sido bien desgraciado.
Del modo que le he servido
siempre estuvo muy pagado,

muy satisfecho, muy hueco;
y solo dexa de estarlo
en este triste momento
que le pido mi salario.

DORANTO.

Hombre, mira....

PABLO.

No señor:
si soy un picaronazo,
no, no merezco yo hablar
con un hombre tan honrado.

DORANTO.

Yo por tal me tengo.

PABLO.

Pues
mi dinero...

DORANTO.

Mira, Pablo,
yo no quiero que te vayas.

PABLO.

Yo sí quiero. ¡Hombre mas raro!
Si me caso es menester
que dexe de ser criado.
¿Pues que diria Liseta,
Liseta mi novia, quando
supiera que aún servia?

Sería un novio gallardo.
Pero venga mi dinero. *Sacando un papel.*

DORANTO.

Maldito sea tu resguardo.
No piensas mas que en tus cosas,
y las mias olvidamos.
Hablemos un poco de ellas.
Mira, mañana me caso
con Aguedilla, la hija
de ese rico Mayorazgo,
Silverio: ya está dispuesto
todo lo que es necesario.
Nada falta. ¿Que dirá
de esta boda el populácho?
Pero diga lo que quiera,
yo tan bien me he manejado,
que hasta su padre discurro
que de mí se ha enamorado.
¡Treinta mil pesos de dote!
¡Cáscaras, que buen bocado!

PABLO.

Solo habla usted de sus cosas
y las mias olvidamos.
Me debe usted....

DORANTO.

Dale bola.

Tengo que estar á las quatro
con Agueda, y ántes tengo
que ir á ver á un Escribano.
A Dios, á Dios.

PABLO.

Mire usted,
en un momento despacho.

DORANTO.

Que me esperan, déxame.

PABLO.

Pero, señor, si me marcho.

DORANTO.

Tú pretendes...

PABLO.

Si no fuera
por un negocio tan árduo...
Si me da el dinero, crea
que no vuelvo á molestarlo.

DORANTO.

Ya.... sí.... mas....

PABLO.

Este papel *Enséñale un pap.*
bien muestra que á usted no engaño.

DORANTO.

Pues vete, te doy licencia.

PABLO.

Toma, toma, ¿y el salario?

DORANTO.

Ya hablarémos. ¡Que tunante *Aparte.*
que es el diablo del criado!
Pero he de engañar á todo
el lugar, ó soy un ganso. *Váse.*

ESCENA II.

PABLO, *y despues* LISETA.

PABLO.

Picaron! ¿si entenderá
engañarme? Mal le ha dado,
por que yo.... pero Liseta
me dixo ántes que debaxo
de este olmo la esperase,
y tarda ya demasiado.
Ella bien veo ha sentido
el casamiento tratado
de Doranto con su amiga
Agueda. Como su hermano
iba á casarse con ella,
en verdad que no es extraño.
Pero tate, que aquí viene:

parece una flor en mayo.
Conviene que serio esté
con ella (si puedo estarlo),
pues son todas las mugeres
unos entes endiablados,
que si las dan tanto pie,
suelen tomar tanta mano.
Gracias á Dios que has venido.

LISETA.

Gracias á Dios que te hallo.
Dime, desde léjos ví
que estabas con uno hablando
¿quién era?

PABLO.

Doranto.

LISETA.

Púf.

PABLO.

Aquí estábamos tratando
de dos cosas: la primera
es que ya estoy fatigado
de servir, y que me voy:
el segundo punto es malo,
pues pido lo que me debe,
y tambien lo que he gastado
en este lugar con él.

Pero se ha enfadado tanto
á esta propuesta, que casi
estuve ya por dexarlo.
Dice que soy un tunante,
un picaron, un malvado,
digno de estar.... que sé yo
quantas cosas ha ensartado.

LISETA.

Eso es decir que te vayas,
mas sin hablar de salario.

PABLO.

O! yo bien lo he comprendido.
Pero amiga, sin embargo
de que no lo necesito,
si él intenta á su criado
engañar, hemos de ver
si engaña el criado al amo.

LISETA.

Me parece que estas cosas
ya te irán desengañando
de que es Doranto un bribon.

PABLO.

¿Pues yo quando lo he dudado?

LISETA.

Es un seductor infame.
Tú bien sabes que tratado

de Aguedilla el casamiento
estaba ya con mi hermano.
Silverio su padre dixo
que aunque era el mayorazgo
de Leandro muy inferior
al suyo, que sin embargo
conociendo su honradez,
habia determinado
fuese de mi hermano solo
de Agueda su hija la mano.
En efecto, ella amorosa
correspondia á Leandro;
este solo era la causa
de su afan, y su cuidado.
Él la queria en extremo,
solamente deseando
que llegase el dulce dia
de la union felice de ámbos.
En el lugar todo eran
bayles, funciones, saraos
y fiestas.... pero ¡quan poco
duró el contento en mi hermano!
porque quando imaginaba
ver sus deseos logrados,
y de Agueda ser esposo,
llegó á este lugar Doranto,

y empleando quantos medios
de seduccion ha encontrado,
al ambicioso Silverio
pudo levantar de cascos,
á Leandro atribuyendo
todos los vicios malvados
que le dominan á él.
De esta manera ha alcanzado
que de Leandro Silverio
mal concepto haya formado,
y que quiera avaricioso
sea su yerno Doranto.
Agueda gime, suspira
y llora, pero es en vano,
porque Silverio creido
en que es mi hermano un malvado,
aun á mí me mira ya
con indiferencia. El llanto,
las tristezas, los dolores
que sufre mi triste hermano,
es imposible que pueda
lengua humana ponderarlos.
Es su afliccion mucha, mucha.

PABLO.

Bien lo creo, ahí es un grano
de anís, perder una novia

despues de tantos trabajos;
y mas Leandro que estaba
como quien dice casado....
Á Agueda yo bien conozco
la hará infelice mi amo.
Pero he de hacer todo aquello
que pueda para estorbarlo.
Dime tú, ¿no habrá algun medio
de distraer á Leandro?

LISETA.

¿Que medio quieres que haya?
El medio mas acertado
es procurar evitar
esta boda.... Pero pasos
suenan, y mi hermano es.
Disimulemos un rato.

ESCENA III.

LISETA, PABLO *y* LEANDRO *sin verlos.*

LEANDRO.

Yo juzgando en mi afliccion
hallar alivio en el campo,
salgo á pasearme, y veo
que esto aumenta mi quebranto.
Por qualquier parte que vaya

mi dolor se va aumentando;
porque todo me recuerda
un bien que ya se ha pasado.
Pero mi hermana.... Infeliz!...
Ella es mi alivio, y yo marcho
á hablarla.... Liseta....

LISETA.

A Dios.

Dime ¿te vas consolando?

LEANDRO.

Consuelo en rigor tan fiero
no puedo hallar, ni le hallo.

LISETA.

Hermano, de ti separa
pensamientos tan infaustos.
Ya ves que Agueda....

LEANDRO.

No puede
resistir á los mandatos
crueles de un padre ansioso,
seducido de Doranto.
Éste bien veo desea
lo mismo hacer del incauto
pecho de Agueda inocente:
llevada de sus halagos
seductores y perversos,

y de sus discursos falsos,
quizá.... pero no los creas,
bien mio, que yo te amo.

PABLO.

Se perturba, y con razon.

LISETA.

Puedes estar confiado
que Agueda no te olvidó.

LEANDRO.

¿Agueda no me ha olvidado?
¿Que me importa si jamas
seré suyo? ¡Cielos santos!
¿Ni ella mia, ni yo suyo
podré ser? ¡cruel tirano!
¿Que pude hacerle, que así
me atormenta.... ¿mas que hablo?
Mataréle, vive Dios,
y así mis males acabo.

LISETA.

No te sofoques. Ahora
aquí estábamos tratando
de hallar un medio....

LEANDRO.

No le hay.
Yo mismo he buscado quantos
pueden hallarse; y si yo,

que soy el interesado,
no le encuentro, me parece
que nadie podrá encontrarlo.

PABLO.

Es que aunque usted no le halle
otro puede sin embargo
encontrarle.

LEANDRO.

¿No es usted
criado de ese Doranto?
De ese hombre que los cielos
para mi daño enviáron
á este Lugar? ¡Ay de mí!
¡que dia tan desgraciado
aquel que pisó la tierra
de un parage, do encerrado
tenia todo mi bien!
Mas pues recurso no hallo,
y Agueda no será mia,
de estos sitios me separo
para siempre....

LISETA.

¿Tú te vas?
¿que es lo que dices hermano?

LEANDRO.

Muy bien conocia yo

la afliccion y el sobresalto
que esto causaria en ti,
por lo qual te lo he callado.
Mas conociendo que ausente
de estos Lugares infaustos,
de estos sitios de amargura,
puedo hallar solo descanso,
me he de marchar. Sí Liseta,
estoy ya determinado.

LISETA.

¿Y así dexas á tu hermana?

LEANDRO.

¿Hay mas que marcharnos ámbos?
¿que cosa estorbarlo puede?
Y si en el bien de un hermano,
que te estima, te interesas,
partamos luego, partamos
de un sitio, do la codicia,
y la seduccion reynando,
me priva del bien que adoro,
y por quien soy desdichado.
Mas si tú quedarte quieres,
no es mi designio estorbarlo,
disfruta en paz, cara hermana,
esos cortos mayorazgos
que te dexo, que ellos son

la causa de mi quebranto.
Y olvida á Leandro, á quien
hizo el amor desgraciado. *Váse.*

ESCENA IV.

LISETA *y* PABLO.

LISETA.

¡Ay de mí! Lo hará sin duda
si con tiempo no evitamos
tanto mal: ello es preciso.

PABLO.

Pues voy á buscar en tanto
á mi amo, para ver....
pero aquí se va acercando
Silverio con su hija.... voyme....

LISETA.

Dixo que dentro de un rato
vendria baxo de este olmo.
Luego despues á juntarnos
volverémos aquí mismo.

PABLO.

Pues espérame debaxo
de ese olmo.

LISETA.

Bien está;

vete ahora.

PABLO.

Así lo hago. *Vase.*

ESCENA V.

LISETA, *y despues* SILVERIO *y* AGUEDA.

LISETA.

Ahí viene mi triste amiga:
bien he conocido quanto
la afligen, y quanto siente
perder por siempre á su amado.
¡Ah, cruel Silverio! ¿juzgas
aventajar, violentando
de ese modo un corazon
rendido y enamorado?
Por ver si oigo alguna cosa
me retiro hácia este lado.

Se retira, y salen SILVERIO *y* AGUEDA.

AGUEDA.

¡Ay de mí! ¿en que parará *Aparte.*
este ceño, que mostrando
está mi padre conmigo?
Llena estoy de sobresalto:
padre mio.

SILVERIO.

Déxame.

AGUEDA.

¿Estais conmigo enfadado?
Respondedme.

SILVERIO.

Sí lo estoy,
tengo motivo de estarlo.

AGUEDA.

Yo, señor, ¿en que he podido,
en que he podido agraviaros?
Sin duda habré delinquido,
mas creed que no lo alcanzo.
Sabeis lo mucho que os quiero,
y sabeis que mis conatos
se dirigen solamente,
padre mio, á contentaros.
¿Por que motivo, decidme,
con vuestra hija irritado
os mostrais de tal manera?

SILVERIO.

Si sabes que me ha enfadado
una cosa, si volvieras
á repetirla ¿agraviado
no estaria con razon?

AGUEDA.

Yo, señor:::

SILVERIO.

Calla, que harto
te he dicho ya: tú bien sabes
que si haces lo contrario
de lo que quiero, me agravias.
Tú muy bien conoces quanto
me atormenta esa afliccion,
ese dolor, ese llanto
que muestras continuamente,
sin olvidar á Leandro.
No merecia, por cierto,
que tú le estimases tanto.
A todas quantas encuentra
creo que va enamorando.
Veré si de esta manera *Aparte.*
de su pasion la disuado.

AGUEDA.

Infeliz!

SILVERIO.

¿Que dices?

AGUEDA.

Nada.

SILVERIO.

Yo hasta aquí bien he aguantado,

pero ya no puedo mas.
Mira que ya estoy cansado,
y no repliques á nada.
El cuento és, que lo hago *Aparte.*
por ver si habla alguna cosa,
y creo que el mismo diablo
hace que no hable palabra.
Segunda vez embistamos....
Pues si quieres contentarme,
escucha lo que te mando,
y obedéceme en un todo.

AGUEDA.

Hablad, señor, que ya aguardo
vuestras palabras ansiosa
para obedeceros.... ¡Quanto
conozco ya mi desdicha! *Aparte.*

SILVERIO.

Lo que has de hacer.... y cuidado,
es no volverte á acordar
en tu vida de Leandro.
Aunque le encuentres, no hablarle,
y si él lo pretende acaso,
no oirle... nada, no oirle;
pues tienes novio en Doranto,
y bien rico... lo que el otro
ya ves que no tiene un quarto.

Estás?

AGUEDA.

Sí señor.

SILVERIO.

Y bien,
sí, ó no?

AGUEDA.

¡Cruel quebranto! *Aparte.*
Si señor, así lo haré.

SILVERIO.

Pues bien, con eso me marcho
mas alegre; pero tú
guárdate: no, soy muy ganso,
y si caes en el garlito
se llevó la carga el diablo.
Ademas, sabes que soy
insufrible si me enfado.
No falta mas que perder *Aparte.*
por ella cien mil ducados. *Vase.*

ESCENA VI.

AGUEDA. LISETA

AGUEDA.

En fin ¿ya llegó el instante
en que ha de ser despreciado

con furor un desgraciado,
solo por ser firme amante
de una infeliz, que constante
nunca le podrá olvidar?
De una infeliz, que á pesar
de adorarle firmemente,
debe tratarle cruelmente,
mas no dexarle de amar.
Y yo, triste, ¿le he de oír
con tan extraño rigor?
¿Sus finezas y su amor
tal pago han de recibir?
Pues ¿adonde podré ir,
tan gran maldad cometida,
dó no vaya la afligida
imágen de Leandro fiel:
de mi Leandro, de aquel
que me ha de costar la vida?
Dudoso mi corazon
está hoy dia, y abatido,
pues no solo no le olvido,
sino que mi inclinacion
va aumentando mi pasion.
Á padre, si blandamente
le trato, ofendo cruelmente:
y si le obedezco en todo,

es maltratar de este modo
á un infeliz inocente.

LISETA.

Bien me dicen sus suspiros
lo que en su pecho pasando
está ahora.

AGUEDA.

Mas Liseta, *viendo á Liseta.*
la hermana del desdichado
Leandro. Disimulemos
por no causarla quebranto.

LISETA.

¡O Agueda mia! dichosa
mil veces yo, que te he hallado.
¡Que pensativa que estás!
¿que tienes? ¿que te ha enojado?
Respóndeme; ¿mas suspiras,
y te vuelves á otro lado?
¿Acaso dudas de mí?

AGUEDA.

Yo resistencia no hallo:
esta es su hermana, la hermana...
Despues de una larga suspension.
de aquel á quien siempre he amado.

LISETA.

¡Ay querida! bien comprehendo

el motivo de tu llanto.

AGUEDA.

Le sabes.... Liseta.... ¡ay Dios!
dime, ¿donde está tu hermano?

LISETA.

Donde se encuentra no sé;
mas sé que desesperado,
de este lugar para siempre
su partida está tratando.
Lo sé bien... sí... y hoy le he visto
tan triste y determinado
á marcharse, que no juzgo
haya medio de evitarlo.

AGUEDA.

¡Ah cruel! ¿Y me abandona?
Mi corazon traspasado
con un agudo puñal
en este instante ha quedado.
¿Con que se marcha? ¿se marcha?
aun de creerlo no acabo.
¿Pues quien le obliga á partir?
Mas no lo digas... que alcanzo
el motivo de su fuga...
Ese indigno destinado
para esposo mio, ese
cruel que me ha arrebatado

sañudamente mi dicha...
ese solo lo ha causado.
¡Ay triste! ¿que puedo hacer?
Si parte el desventurado
¿que será entónces de mí?
Corre, dile que le aguardo
baxo de ese olmo... ¿no vas?
Di que le estoy esperando.
Mas no vayas... que mi padre...
Dile solo... ¡Cielos santos,
que dolores me combaten!
Dile... que no le he olvidado.

LISETA.

Eso solo le consuela
en rigores tan amargos;
pues si juzgase que tú
le habias abandonado,
sería capaz de hacer
algun horrible atentado.

AGUEDA.

Bastante hace con marcharse:
y con esta fuga harto
desconsuelo y llanto dexa
en un pecho enamorado.
Procura que no se vaya.
Dile, que quien destinados

le tenia galardones
lisonjeros, á ámbos gratos,
le suplica que se quede,
si no quiere que el infausto
destino, con su partida,
de mi triste vida el plazo
acabe rápidamente.
Y dile en fin todo quanto
quisieres, y acuérdate
que lo dices á un hermano,
y que habla por tu boca
mi corazon angustiado.

LISETA.

Voy al momento á buscarle:
pero allí viene Doranto.
Me voy, me voy. *Vase.*

AGUEDA.

Es preciso
hablarle, ¡ó quien evitarlo
pudiera ahora! es forzoso
que le hable disimulando.

ESCENA VII.

DORANTO *y* AGUEDA.

DORANTO.

Señorita, en busca vuestra
he venido, pues debaxo
de ese olmo vuestro padre
me dixo habíais quedado.
Pero ¿que es lo que usted tiene?
¿Me respondeis sollozando?
¿Os aflige alguna cosa?

AGUEDA *fingiendo serenidad.*

No señor, ántes no acabo
de dar mil gracias al cielo,
al ver que estais bueno y sano.

DORANTO *siempre afectando finura.*

¡O Madama! á los reflejos
de vuestro sol bello y claro,
¿quien puede estar taciturno,
ni quien puede hallarse malo?
Dexe usted, que quando vea
mis pensamientos logrados,
y goce de los placeres
de vuestros bellos encantos,
siendo vuestro dulce esposo,

se irá mi bien aumentando.
Os llevaré á correr córtes,
compraré mulas, caballos,
coches en que os paseeis
en aquel hermoso prado
de Madrid, la admiracion
siendo de los currutacos,
y las gentes del buen gusto.
¡Que instantes tan deseados
y gustosos han de ser
los que disfrutemos ambos!
Verás que paso que llevo *Aparte.*
en pillando tus ducados.

AGUEDA.

A unas lisonjas tan finas
y tan agradables, no hallo
voz para manifestar
mi gratitud. ¡Quanto, quanto *Aparte.*
me irrito con su presencia,
y que pena atormentando
está interiormente mi alma!

DORANTO.

¡Si vieras lo enamorado
que estoy!

AGUEDA.

Bien vuestras acciones

de ello dan indicios claros.

DORANTO.

Madamita, perdonad;
voy á hablar á un escribano,
pues tengo tantos deseos
de ser vuestro esposo amado,
que hasta conseguir mi idea
no puedo estar sosegado.

AGUEDA.

Y yo, con vuestra licencia,
voy á pasearme un rato.

DORANTO.

En vano es pedir licencia
á quien es vuestro criado.
Id, señora, y perdonadme
si no puedo acompañaros.

AGUEDA.

Quedad con Dios: ¡ay de mí! *Vase.*

ESCENA VIII.

DORANTO *solo.*

Esto vuela que es un pasmo:
todo se va previniendo
del modo que yo he trazado.
Pillo el dinero del dote

al punto que esté casado,
y sin que nadie lo sepa,
quando estén mas descuidados
me escapo; me voy á Italia
ó á la Francia, á un reyno extraño,
y las pesetas pilladas
alegremente las gasto,
miéntras que el pobre Silverio
aquí se queda engañado.
Lo mejor es que tambien
burlar juzgo á mi criado.
En fin, los chasquearé,
y échenme despues un galgo:
consiga mi intento, y luego
llevénlo todo los diablos.

ESCENA IX.

DORANTO, *y* PABLO *que baxará corriendo por la cuesta.*

PABLO.

Señor, señor.

DORANTO.

¿Que embaxada
me traes tan precipitado?

PABLO.

¡Jesus, y quanto he corrido
buscándole á usted! ¡Canario!
¿Que he de querer? lo que quiero
es, es...

DORANTO.

Explícate claro.

PABLO.

Si usted quisiera entenderme,
creo que bien claro hablo.
Aquel asuntillo que ántes...

DORANTO.

Ah! sí... aquello del galgo
que ha quedado un poco cojo:
pues mira, sin cirujano...

PABLO.

Es diverso lo que digo.

DORANTO.

Hombre, no seas pesado...
si te he dicho que no es nada...
un poquito dislocado
es cierto que tiene el hueso,
mas eso es de correr tanto.
Si en un poco de aguardiente
empapas algunos trapos,
y se los lias, verás

como queda al punto sano.

PABLO.

Todo eso bien lo conozco,
pero hablemos de otro galgo.
Me están haciendo gran falta...
Mas como... necesitado...
Señor, mire usted... si usted...
despacha con el salario...
porque yo....

DORANTO.

Ya hace unos dias
que estás medio atolondrado;
no hablas nada con concierto,
de suerte:.. que eres un macho;
y mira que tus simplezas
ya me van del todo hartando.
Majadero... calla, calla, *Aparte.*
que tambien llevarás chasco. *Vase.*

ESCENA X.

PABLO *solo.*

Señor, señor... Yo discurro
que él algo está maquinando
contra todos... y no hay duda...
No, no, me voy, no sea el diablo

que consiguiendo su idea,
dexe á los demas burlados.
Señor, usted me perdone;
vamos á ver si le alcanzo. *Vase*

ESCENA XI.

LEANDRO, *y despues* **AGUEDA.**

LEANDRO.

¿Que causa le moverá
á ir tan precipitado?
Me ha dicho que le perdone,
y echó á correr por el campo.
¡Ay querida Agueda mia!
con tu memoria aumentando
estás todos los rezelos
que me pueden dar cuidado.
Todo me amedrenta, todo
me aflige: sobresaltado,
solo pensando en mi bien,
paso mis dias amargos;
mas esta triste memoria
va mis males completando.
Procuro evitarla, viendo
que el que nunca la ha olvidado

para siempre es infeliz,
pero mas y mas la amo.

Sale AGUEDA.

AGUEDA.

No puedo estar un momento
en lugar determinado;
todo aumenta mi dolor;
nada contiene mi llanto. *Se ven los dos.*

LEANDRO.

¡Ay infeliz!.... allí está.

AGUEDA.

¡Oh! padre... ¡O cruel mandato!

Procura irse.

LEANDRO.

Cruel, detente... ¿te vas?
¿Rehusas hablarme acaso?
¿lo rehusas? En mi mal
era ménos desgraciado,
considerando que tú
no me habrias olvidado.
Esto solo me aliviaba,
y ahora...

AGUEDA.

No, no, Leandro;
no creas que te olvidó
quien fina siempre te ha amado:

mas cree que hablarte no puedo.

LEANDRO.

¿Pero quien puede estorbarlo?
Tenga este corto consuelo
mi corazon angustiado:
es el único que encuentro,
y está el dármele en tu mano.

AGUEDA.

¡Ay que no puedo, mi bien!
pues me manda lo contrario
la obediencia.

LEANDRO.

Acaba, acaba
de descubrir este arcano,
y con palabras dudosas
no me estés atormentando.

AGUEDA.

Mi padre me amenazó
si acaso...

LEANDRO.

¡Cielo sagrado!
No prosigas, que comprehendo
hasta que punto ha llegado
mi desgracia:... ¡hombre terrible,
todo mi bien me has quitado!
En fin, pues ya no hay remedio...

á Dios, dueño idolatrado...
á Dios por siempre...

AGUEDA.

¡Ay de mí!
yo fallezco. ¿Apresurado
quieres así abandonarme?
¡Que amor tan desventurado
el nuestro!...

LEANDRO.

Si aquí me quedo,
¿no ves que siempre cercano
tendré el objeto que causa
mi dolor y mi quebranto?
¿No ves que se aumentará?
Es preciso que alejado
de estos sitios, busque al ménos
algun reposo.

AGUEDA.

Y en tanto
¿que será de una infelice?
¡Ay! no, Leandro, si acaso
de nuestro funesto amor
en tu corazon quedáron
algunas reliquias tristes,
y si aún me estás amando,
te ruego que no te vayas.

Solo con verte, descanso
hallan mis dolores.

LEANDRO.

¡Ay!
¡Estoy tan enamorado!
En fin, Agueda, recibe
este postrimer abrazo
que te consagra el amor:
olvídate de Leandro
para siempre; no te acuerdes
ya de aquellos dias gratos,
que ofrecian lisonjeros
fines mas afortunados.
A Dios.

AGUEDA.

¿Y te vas?

LEANDRO.

No sé;
mas otro recurso no hallo.

AGUEDA.

¡Dadme, señor, resistencia,
que ya falta á dolor tanto!
Márchate, que temo...

LEANDRO.

A Dios.

AGUEDA.

A Dios, infeliz Leandro:
por tí soy tan desdichada.

LEANDRO.

Yo por tí tan desdichado.

ACTO II.

ESCENA I.

LEANDRO, Y COLIN.

COLIN.

En verdad que no conozco
de donde proviene el ceño
con que siempre me tratais.
Os habeis del todo vuelto,
señor Leandro, porque ántes
estábais alegre al ménos;
pero ya hace unos tres meses,
si no me engaño, que os veo
muy diferente, y creed
que esto me angustia en extremo.

LEANDRO.

En aquel tiempo tenia
motivo de estar contento;
pero ¡ay de mí, quan fugaz
desapareció aquel tiempo!
¡Ay Colin... si tú supieras
lo que yo estoy padeciendo...
estarias aun mas triste

de lo que estoy!... y si empeño
tienes de saber la causa,
te lo diré quando léjos
de este lugar doloroso
halle algun corto consuelo.
Si quieres venir conmigo,
puedes hacerlo, entendiendo
que es un lugar muy remoto
adonde partir debemos.

COLIN.

Yo iré donde usted quisiere;
pero señor, pero, pero...

LEANDRO.

Si algo de esto te repugna,
no es obligarte mi intento.

COLIN.

Repugnarme nada?... vaya,
me haceis un agravio en eso.
Adonde usted fuere, iré...
y con mucho gusto... pero
lo que yo saber quisiera...

LEANDRO.

Calla, Colin... ya te entiendo...
Ya te he dicho que otra vez
te contaré mis severos
dolores y mi afliccion,

mas por ahora no puedo.
Solo de mi triste mal
el mas ínfimo recuerdo,
la mas mínima memoria
me lleva á un fatal extremo.
¿Pues como podré contarla,
si causa en mí tan inmensos
tormentos solo acordarme?

COLIN.

Decis muy bien, y ya dexo
de molestaros con cosas
semejantes; y así hablemos
de un asunto que hace dias
se me vino al pensamiento.
En este lugar, señor,
no hay ninguno tan perfecto
y buen mozo como usted.
Todos los otros mancebos
se casan y se divierten;
pero yo en usted no veo
que lo intente, siendo así
que es mejor que todos ellos.
Y esto me tiene admirado;
porque ya creo que es tiempo...
Siempre que salgo por ahí,
alguna noticia adquiero

de que mengano se casa,
de que se desposa Pedro,
de que aquel que cortejaba
á la hija del herrero
fué á pedirla, y que su padre
se la concedió al momento;
y eso que el lugar es corto.
Habrá unos leves momentos
que salí á una diligencia,
y en un corro de mozuelos
que habia junto á la iglesia,
oí á unos que dixéron
que se vá á casar muy pronto
la hija del seor Silverio
con un oficial, que hace
poco que llegó á este pueblo;
y crea usted que no pude
ménos de admirarme, viendo
que uno que llegó ayer,
como quien dice, al momento
se pegó de tal manera,
siendo así que usted soltero
permanece, y mucho mas
en este lugar viviendo.
Yo, diciendo la verdad...
vaya, señor, ¿que ponemos

que si usted llega á casarse,
depone al punto ese serio
y melancólico humor?
Dios quiera que sea presto
la boda de esa muchacha,
porque, y no es por ofenderlo,
que quieras ó que no quieras
á las funciones le llevo
que se celebren, y entónces
podremos verle contento.
Aquellos bayles y aquella
música es en extremo
deliciosa; y puede ser
que entre las mozas que luego
le presenten á baylar,
salga alguna de ojos negros
y vivarachos, de modo
que le trastornen el seso;
que si llega á enamorarse
está el matrimonio hecho
en un quítate allá... sí...
este es un gran pensamiento...
Y para no llevar chasco,
voy á informarme de nuevo
quando es... porque esta boda
ha de poneros contento.

LEANDRO.

Juzga que aliviarme puede *Aparte.*
lo que es mi mayor tormento.
Dime , Colin...

COLIN.

¿No lo dixe? *Aparte.*

LEANDRO.

No he comprendido bien eso
que me has dicho.

COLIN.

¿De esa boda
de la hija de Silverio?

LEANDRO.

¡Ay infelíz! eso mismo...

COLIN.

Cada vez entiendo ménos
estas cosas. ¿No es usted
amigo suyo? pues esto
lo sabe todo el lugar,
y la boda , segun creo,
ha de celebrarse pronto.
El novio es un forastero
oficial , que hará tres meses
que ha venido aquí , y por cierto
que el criado que ha traido
tiene una cara de perro

rabioso, como su amo...

LEANDRO.

Mas dime, Colin, ¿de cierto
sabes que con él se casa
Agueda?

COLIN.

¡Pues esto es bueno!
si no se habla de otra cosa...

LEANDRO.

¡Desventurado! yo muero
de dolor. Mira, Colin,
anda, y preven al momento
un caballo... que me voy
de estos lugares funestos
para siempre.

COLIN.

Dale, bola.
¿Otra vez volvemos á eso?
pues es cierto que han surtido
mis esfuerzos buen efecto.

LEANDRO.

Ve, Colin... pero no vayas...
sí, vete...

COLIN.

Usted confundiendo
de tal modo irá la cosa,

que ni los demonios mesmos
la podrán averiguar.
¡Se habrá visto tal enredo!

ESCENA II.

LEANDRO, *y despues* LISETA.

LEANDRO.

¿Con que la pierdo por fin?
¡Ay, cielos, con quanto exceso
padece mi corazon!
Yo ya resistir no puedo
penas tan fieras y horribles;
tan crueles sentimientos
me rinden enteramente.
¡Oh, Agueda mia! funesto
mil veces el triste instante
en que vi tu rostro bello.
¡Nunca le hubiera yo visto,
fuera mas felice al ménos!
En fin, ya determinado
estoy á marcharme presto;
pues si es tanta mi desgracia
que veo su casamiento,
de mi dolor á la fuerza
sin duda moriré luego.

Sale LISETA.

LISETA.

Hermano, ya sé hasta donde
llegan tus rigores fieros:
ya sé que has determinado
abandonar este pueblo;
y sé en fin, que de una hermana,
que siempre te amó en extremo,
son las súplicas en vano,
son inútiles los ruegos:
por esto, Leandro mio,
á suplicarte no vengo
que te quedes... no, querido,
que demasiado comprehendo
quanta tu afliccion sería
si aquí estuvieses mas tiempo.
Solo pretendo de ti
que no me abandones: quiero
ir siempre en tu compañía.
Es verdad que mucho siento
irme de aquí; mas no obstante,
puesto que tú estás resuelto,
no creo que me abandones.

LEANDRO.

¡Ay, hermana, que consuelo
tus amorosas palabras

han infundido en mi pecho!
Tú me animas solamente
en mis dolores.

LISETA.

Dexemos
esa memoria cruel.

LEANDRO.

Es imposible, no puedo
separarla de mi mente
ni el instante mas pequeño.
Desde que á Agueda miré,
ella solo fué el objeto
de mi pensar, ella solo
ocupó mi entendimiento.

LISETA.

Pero hermano, yo en tu dicha
muy de veras me intereso;
y cree que con tal memoria
no haces mas que dar fomento
á tu afliccion, y ya nada
has de conseguir con eso.
Sí, olvídala, porque ya,
á no ser que sea por medio
de alguna villana accion,
no has de ser de Agueda dueño.

LEANDRO.

No, Liseta, no imagines
que aunque veo que la pierdo,
he de intentar recobrarla
con viles é infames medios.
Soy infeliz, mas no obstante
como hombre de bien procedo.

ESCENA III.

LEANDRO, PABLO, Y LISETA.

PABLO.

Como soy, no daré un quarto
por mi salario y dinero,
á pesar de que sé bien
como manejarme debo.
A Dios, señores. ¿Han visto
ustedes al bribonzuelo
que fué mi amo por ahí?

LISETA.

No, Pablo, ¿pues que hay de nuevo?

PABLO.

Que me la quiere pegar...
A un pobre le dan doscientos
aunque robe medio duro
solamente... y eso siendo

con necesidad tambien...
Mas si no llamamos á esto
robar, no hay ningun ladron.
Lo mejor es que á Silverio
le ha hecho creer que es muy rico...
y que tiene allá en su pueblo,
y en Madrid bastantos bienes;
mas yo en verdad no lo creo.
Si se está muriendo de hambre...
Y si me empeñase en ello
puede ser....

LEANDRO.

Si quien causando
está mi cruel tormento
fuese un hombre honrado, y digno
de tan singular aprecio,
que mereciese la mano
de aquel admirable objeto,
de Agueda en fin, llevaria
con paciencia tan tremendos
dolores y afliccion tanta.
Pero quando considero
que es tan vil y tan traidor
quien perturbó el halagüeño
reposo que yo gozaba,
de tal manera me dexo

arrebatar de la furia
que se introduce en mi pecho,
que he de hacer un atentado
si mis ofensas no vengo.
Y así, decid á vuestro amo
(y os lo estimaré en extremo)
que si como hombre de honor
se juzga, que venga luego
baxo de ese olmo á esperar
á quien por su bien volviendo,
si él procedió como vil,
obra como caballero.

LISETA.

Hermano....

LEANDRO.

No, déxame
perseverar en mi intento.
Si él muere, tambien mi mal
perecerá en el momento.
Y si él triunfa, pierdo al fin
una vida que aborrezco.

ESCENA IV.

PABLO. LISETA.

LISETA.

Mira, Pablo, no le digas
á tu amo...

PABLO.

¿Como es eso?
En el instante que pueda
encontrarle se lo espeto.
No hay que recelar que venga....
porque le entrará tal miedo....
No importa que se lo diga;
á pesar que en el supremo
cielo confio que acaben
de Leandro los lamentos.
Es una famosa idea
la que meditada tengo;
y si acaso se consigue
conforme yo lo he dispuesto,
puede ser que entónces quede
desengañado Silverio.
Yo creo que á ti Doranto
no te ha visto, y solo esto
puede traernos gran bien.

LISETA.

De tal modo le aborrezco,
que siempre de su presencia
voy horrorizada huyendo.
Lo mismo es saber que llega
hácia algun sitio, me alejo
de él precipitada: así
no me ha visto; mas no entiendo
que importará para el
logro de nuestros deseos.

PABLO.

Eso despues lo sabrás.
Dentro de un rato vendrémos
los dos á este mismo sitio.
Si tienes vestido negro
no hay nada que recelar.

LISETA.

Sí, vestido negro tengo.

PABLO.

Anda á sacarle: despues
baxo del olmo te espero.

LISETA.

Voy al punto.

PABLO.

Y no hagas falta.

LISETA.

¿Que mil diablos será esto?
Dios haga arribar la nave
con felicidad al puerto.

ESCENA V.

PABLO *y* SILVERIO.

PABLO.

Voy al momento á poner
por obra mi pensamiento.
Pero Silverio....

SILVERIO.

A Dios Pablo,
mucho de verte me alegro.
Le has de decir á tu amo
quando le veas, que luego
se tiene que ver conmigo.

PABLO.

Tengo que hablarle primero. *Aparte.*
Bien está. *Hace que se va.*

SILVERIO.

Pero, hombre, escucha,
¿donde te vas tan corriendo?

PABLO.

Iba á ciertas diligencias....

SILVERIO.

Yo no dificulto que eso
sea verdad, pues tu amo
está ocupado en extremo.
Y tú siendo su criado
le servirás....

PABLO.

Ya lo veo.

SILVERIO.

Pero hablando de otra cosa,
¿no es tu amo de los mas buenos
que se pueden encontrar?

PABLO.

Mucho.

SILVERIO.

Yo muy satisfecho
estoy de sus bellas prendas,
y juzgo que nada arriesgo
en hacerme suegro suyo.

PABLO.

Todo el asunto apuremos, *Aparte.*
¡O señor! su proceder
es muy honrado, muy bello;
mas con todo, mi salario *Aparte.*
está en su bolsillo preso.

SILVERIO.

Mañana he determinado
celebre su casamiento
con mi hija.

PABLO.

¿Mañana? *Con viveza.*

SILVERIO.

Sí.
Quanto ántes salgamos de ello
mucho mejor para mí:
esa carga tengo ménos.
Estan las cosas muy malas,
y se gasta sin consuelo.
Doranto es un hombre rico....
Y lleva con todo eso
gran dote Agueda.

PABLO.

¿Con que
mañana es el himeneo?

SILVERIO.

Yo así lo quiero.

PABLO.

Porrazo!
no parece el hombre lerdo. *Aparte.*

ESCENA VI.

PABLO, *que se encuentra con* DORANTO *y* SILVERIO.

PABLO.

Señor, en vuestra noticia
un negocio grave tengo
que poner: el desafio
no le hará muy buen provecho. *Aparte.*

DORANTO.

Pues bien, despues lo dirás,
porque me espera Silverio.

PABLO.

Aquí volveré: imagina
que pedirle monís quiero,
y yo le he de xeringar
de todos modos, si puedo. *Parte.*

ESCENA VII.

DORANTO *y* SILVERIO.

DORANTO.

Supe que para mañana
está ya todo dispuesto,
para que vos me honreis mas
siendo vuestro humilde yerno,

y tantas honras, señor,
infinito os agradezco;
sobre todo quando indigno
de tal favor me contemplo.

SILVERIO.

Si de él te creyera indigno
no sería yo tan necio
que quisiera con un hombre
vil contraer parentesco.
Pero te conozco bien,
y por esto te prefiero
á otros muchos, cuyas ansias
cuidadosas, cuyo anhelo
es solo lograr la mano
de Agueda: menosprecio
riquezas, que superiores
son á las tuyas...

DORANTO.

Lo creo,
por muy pequeñas que sean, *Aparte.*
porque yo ningunas tengo.

SILVERIO.

Y ya en fin, por ti á Leandro
que trate con mi hija niego.
Tú solo has de ser su esposo.

DORANTO.

Este hombre, segun veo, *Aparte.*
me está tan aficionado,
que me anima en mis intentos.
Proseguiré con mi idea.
Señor, á deciros vuelvo
no merezco tanto honor,
y mas quando considero
no me ama vuestra hija.
Me parece que el afecto
que muestra por mí, es fingido:
mas con todo no me atrevo
á asegurarlo, á pesar
de tantos justos recelos.
Macilento al parecer
siempre está su rostro bello,
denotando una afliccion,
un amargo sentimiento,
unas penas interiores,
cuya causa no comprendo.
Por otro lado discurro
que Leandro es aún dueño
de su cariño y su amor.
No os lo digo con intento
de enojaros, porque al fin
aquel fué su amor primero, *Con intencion.*

no siendo extraño que dure
en un corazon tan tierno;
y violentarla quizá
podria sernos funesto.
Es verdad que yo la amo,
y la amo en tanto extremo,
que no puedo ponderar
quanto fuera mi tormento
si la perdiera; y tambien *Aparte.*
si perdiera su dinero.

SILVERIO.

No prosigas, que ella viene,
y cree que á nadie pretendo
preferir á las virtudes
que se alvergan en tu pecho.

ESCENA VIII.

SILVERIO, DORANTO *y* AGUEDA.

AGUEDA.

Mi padre.... temblando estoy. *Aparte.*
¡Ay, si acaso pudo verlo!...
Si sabe que hablé á Leandro,
¿que haré entónces?.... ¡Dios supremo!

SILVERIO.

Ven, Agueda, y á tu esposo

acércate sin recelo.

AGUEDA.

¿A mi esposo?

SILVERIO.

Sí, mañana
será vuestro casamiento.

DORANTO.

Y esotro me escaparé
lleno el bolsillo de pesos. *Aparte.*
Sí, madama, vuestro padre
en honrarme tiene empeño;
de tal modo que mis dichas
y el bien dulce y lisonjero
que tendré siendo el esposo
de tan amable embeleso
le anticipa tan benigno,
que de veras me avergüenzo.

SILVERIO.

Es que sois muy elegante....

DORANTO.

Tambien lo es vuestro dinero. *Aparte.*

AGUEDA.

Feliz... ¡ay de mí!... seré
con un esposo tan bueno.

DORANTO.

Sin ser alabanza propia

eso bien podeis creerlo....
Mas con todo, señorita,
si acaso fuere ya ageno
vuestro cariño, usurparle
no es mi fin; ántes pretendo
dexar (aunque con dolor)....

SILVERIO.

¿Como es eso? ¿Como es eso?
ella siempre hará mi gusto....
Y ademas, como yo quiero
ha de ser.... y que no quiera...
¿es esto cosa de juego?
Y mas que ella os ama... sí...
¿No es el señor muy perfecto?
¿No es muy galan?

AGUEDA.

Sí señor.

SILVERIO.

¿Y le quieres?

AGUEDA.

En extremo.

SILVERIO.

Ya lo oyes: con que así
no hay que andar con mas rodeos.
Vámonos. Tú quédate *á Agueda.*
á tomar un poco el fresco.

DORANTO.

Vos os quedais, mas creed
que tambien aquí me quedo.
Ah picarilla, no sabes *Aparte.*
lo mucho que yo te entiendo:
mas si consigo mi idea,
todo lo demas es ménos.

SILVERIO.

Es que el hombre tiene mucha
destreza en echar requiebros. *Vánse.*

ESCENA IX.

AGUEDA *y* COLIN.

AGUEDA.

Ya se fuéron, y ya en fin
llorar libremente puedo.
¡Olmo para mí agradable
y dichoso en mas serenos
dias! ¡Olmo apetecible
en mas felices momentos,
llora conmigo! Jamas
juzgué fuese tan severo
el dolor que martiriza
mi angustiado y triste pecho....
Nunca lo creí hasta ahora

que ya presente lo veo.
Hasta ahora que por siempre
mi fortuna y mi bien pierdo.

COLIN.

Gracias á Dios... aquí está:
entendí caerme muerto
de tanto andarla buscando;
pero la he encontrado. El cielo
os guarde.

AGUEDA.

Colin, ¿que quieres?

COLIN.

Vengo á daros este pliego
de Leandro mi amo.

AGUEDA.

¡Ay Dios!
quanto tomarle recelo;
mas no he de hacer tal desayre
á quien tanto amor le debo.
Dámele.

COLIN *dándola una carta.*

Ahí está. Aquí todo
es entruchada y misterio. *Aparte.*

Lee AGUEDA.

Agueda hermosa, ya llegó á mi noticia quanto el cielo se interesa en mis ma-

les, pues he sabido la cruel determinacion de tu padre. Cree, querida mia, que nada me sería tan sensible como verte agena, y presenciar un casamiento tan infausto para quien de veras te ama. Anegado en lágrimas te escribo ésta: mas no obstante, prefiero morir ausente de tu amable presencia, á sufrir el cruel tormento que me amenaza, sino me separo quanto ántes de lugar tan doloroso. Así recibe el a Dios postrero, y sé felíz. = Leandro.

¡Desgraciada! ¿que será
de mi? De dolor perezco.
Corre Colin.... á tu amo
dile que aquí venga luego....
No te detengas.

COLIN.

El mal *Aparte*
de mi amo ya comprehendo. *con malicia.*

Va á irse y encuentra á Leandro.

Es excusado llamarle
puesto que ha venido él mesmo.

ESCENA X.

LEANDRO *y* AGUEDA.

LEANDRO.

En fin, Agueda querida,
en fin supe que el adverso
destino ya te separa
de un infeliz, que otro tiempo
se prometia mil dichas
de tu trato lisonjero.
Sí, Agueda, se frustráron
nuestros amantes deseos,
y nuestra dulce esperanza
fugaz se la llevó el viento.
Ya nada hay que me deleyte,
ni distraiga el pensamiento
de tantas memorias tristes,
de tan funestos recuerdos.
¿Te acuerdas, mi bien, te acuerdas
quando íbamos placenteros
á gozar de las mañanas
de verano el dulce fresco?
¿Te acuerdas, ay! quando juntos
sin tener ningun recelo,
era testigo este prado

de nuestros finos requiebros?

AGUEDA.

Ya, Leandro, he conocido
quan poco dura el contento:
un año de dichas fué
para mí un soplo ligero,
y un instante desgraciado
me parece un siglo entero.
No me recuerdes el bien
que en dias mas halagüeños
disfrutábamos los dos,
porque de todo me acuerdo:
no, querido, que eso sirve
de dar á mi mal aumento,
y basta que fuera dicha
para que huyese tan presto.
No, Leandro, porque ya
no encuentro ningun remedio;
y pues remedio no se halla,
la pena no acrecentemos,
que es muy cruel la memoria
del placer que ya está léjos.
Nuestros intentos no quiso
que se cumpliesen el cielo:
¿como ha de ser?

LEANDRO.

Calla, calla,
que me atraviesan el pecho
tus palabras... ¡Cruel hombre!
Mas queda con Dios, que siento
hablarte, quando tu padre...

AGUEDA.

Amáse mi padre al ménos
como yo amo.

LEANDRO.

No, á Dios:
abandonar he resuelto
este pueblo...

AGUEDA.

¡Cruel! ¿reincides
en ese bárbaro intento?
¿pretendes marcharte? ¿quieres
abandonarme? ¿que afecto
es el tuyo? ¿qual tu amor?
¿Es ese tu verdadero
cariño?

LEANDRO.

Por tu amor mismo
obligado me contemplo
á partir... te amo de veras,
y peligro si te veo.

¿Habia yo de quedarme
para sufrir el tormento
que me amenaza ¡ó bien mio!
de verte en poder ageno?
No, no, que en mi corazon
tienes demasiado imperio
para que pueda una boda
tan cruel mirar sereno.

AGUEDA.

¿En fin, tú quieres partir
donde de tu paradero
no tenga noticia alguna?
¿Que necesidad hay de eso?
¿Pues como podré vivir
sin que sepa yo de cierto
si vive mi bien aún,
ó si por desdicha ha muerto?
¡Ay, qual fuera mi dolor!

LEANDRO.

Vayan de tu boca léjos
las amorosas palabras.
Se aumenta mi dolor fiero
viendo el amor que me tienes.

ÁGUEDA.

¿Quieres tambien que con ceño
te trate?... no, no lo pienses...

es mi corazon muy tierno,
y te amo mucho.

LEANDRO.

Hay mas penas
que sufrir?

AGUEDA.

Yo desfallezco.
Pero ¡ay de mí, que Doranto
se va acercando á este puesto!
Márchate.

LEANDRO.

¿Doranto?

AGUEDA.

Sí.

LEANDRO.

Sí, me marcho, pues contemplo
no me podré contener
si un poco mas me detengo.
A Dios.

AGUEDA.

A Dios: márchate.

LEANDRO.

Sí, mi bien.

AGUEDA.

Márchate presto:
voy turbada, y de temores

está mi corazon lleno.

ESCENA XI.

DORANTO *que baxa por la colina.*

¡Ola! Ola! y se han marchado:
¡pues hemos quedado frescos!
No hay duda que era Leandro...
pero al fin los dos cayéron
en la trampa... la muchacha...
¿pero acaso soy tan necio
que no entienda yo las cosas?
No haya miedo, no haya miedo
que ellos entiendan las mias
como las suyas entiendo.
Yo bien tengo conocido,
que si tan pronto Silverio
me dió á su hija, fué solo
juzgando que fuese cierto
todo quanto yo le dixe;
y ademas, como he supuesto
varias cartas, imagina
que soy poderoso... ¡bueno!
y no tengo un quarto... vaya,
si no fuera por mi ingenio,
sin duda muriera de hambre.

Por otra parte, bien veo
que Aguedita no me estima;
ella disimula, y luego
procura fingir que me ama;
pero yo soy perro viejo,
y de que esto sea falso
tengo bien claro un exemplo...
Mas poco me importa, que
á lo que estoy solo atiendo.
Solo mi criado maldito
me fatiga; es tan molesto,
que por no hallarme con él
no hago mas que dar rodeos.
Y discurro que se casa...
se habrá visto, picaruelo,
sin enseñarme su novia:
pero ¡ay Dios! que le tenemos
encima: me voy... *Va á irse.*

ESCENA XII.

DORANTO *y* PABLO.

PABLO.

He! he!
¿se va usted?

DORANTO.

Disimulemos. *Aparte.*
Ah! ¿que eres tú? no te habia
visto en verdad.

PABLO.

Ya lo huelo: *Aparte.*
queria que...

DORANTO.

Estoy de prisa,
luego despues hablarémos.

ESCENA XIII.

PABLO, *y despues* LISETA.

PABLO.

Si lo que he determinado
no se hace luego, luego,
nos la pega. Ni siquiera
me ha dado el tunante tiempo
para hablar del desafio...
Mucho, como soy, me temo
que se encuentre con Liseta;
entónces nada tenemos.
Pero ella ya está avisada,
y es muchacha de talento.
Aquí tiene que venir,

que ese olmo, segun veo,
parece que para citas
solamente está dispuesto.

Sale LISETA.

Vamos, Pablo, vamos pronto
á comenzar el enredo
con disimulo: el vestido
negro prevenido tengo.

PABLO.

Pues bien: mi amo he sabido
que tiene que ir sin remedio
luego de Silverio á casa.
El por ese lado opuesto
se ha ido ahora, y por aquí
ha de pasar en volviendo:
yo entónces le entretendré,
miéntras que tú disponiendo
estarás lo necesario.

LISETA.

¿Pero tú sabes de cierto
que tu amo no vió la viuda?

PABLO.

No lo dudo. Ademas de eso
ella es muy rica, y en bayles
diferentes concurriéron
los dos... Sí, me acuerdo bien.

LISETA.

¿Los dos? Entónces se viéron.

PABLO.

No se viéron, pues la viuda
siempre llevaba cubierto
el rostro; y así mi amo
no sabe si es lindo ó feo.
Por otra parte, jamas
habláron sino en secreto,
de suerte que ni su voz
conoce. Por este medio
ella de él perfectamente
se burlaba, y encubriendo
la cara, tambien quizá
taparia sus defectos.

LISETA.

Pues á ensayar el papel
que representar intento.
Manos á la obra.

PABLO.

Despacha,
y que todo esté dispuesto.
Verémos si haces de viuda
fingida con lucimiento.
Doranto la tragará,
que el malicioso y perverso,

quando se ofrece, es el que
cae mejor en el anzuelo.

LISETA.

Ya sin casarme he enviudado.

PABLO.

Por lo mismo te daremos
nombre de *Viuda fingida.*
No anda entre bobos el juego,
y hemos de ser industriosos.
Hasta despues.

LISETA.

Quiera el cielo
que de este modo á mi hermano
de tantos males libremos,
y que en Agueda renazca
la alegría y el consuelo.

PABLO.

Y que á un avaro con esta
industria desengañemos.

ACTO III.

ESCENA I.

DORANTO, Y SILVERIO.

SILVERIO.

¿Con que se hablaron? Acaba,
y no me causes mas pena.

DORANTO.

Y aquí mismo: sí señor;
ninguna duda me queda.
Yo mismo, yo los he visto;
y no es decir que qualquiera
me lo ha contado...

SILVERIO.

En tal caso
tampoco yo lo creyera;
pero amigo...

DORANTO.

No hay mas pero
que lo que ví. Por la cuesta
baxaba algo distraido,
pensando en varias materias,
sin imaginarme nada:

mas alcé la vista apénas,
quando ví á los dos, que hablaban
sin poder oir una letra;
porque lo mismo fué verme,
que lo mismo que centellas
dexáron el sitio.

SILVERIO.

Ya.
¿Se habrá visto picaruela
por el término?

DORANTO.

Ya, ya.

SILVERIO.

¡Me ha sorprendido la nueva!

DORANTO.

Me sería muy sensible
que usted por esta advertencia
la regañase. No es justo
que yo ahora á usurpar venga
un amor que es de Leandro.
Ella le ama; enhorabuena...
¿como ha de ser?... si se casan,
sus placeres se completan;
y estaré siempre dispuesto,
si acaso, como quisiera,
no me ama Agueda, á dexarla;

porque un hombre que se precia
de virtuoso qual yo,
no es amante de violencias.
No señor... hay otras muchas
madamitas que quisieran
que repartiese mis bienes
y mis honores con ellas,
y que fuera su marido;
mas tambien es cosa cierta
no lo seré de ninguna
como á vuestra hija pierda.

SILVERIO.

No lo creas, ella aún
no ha conocido tus prendas
y tus bellas qualidades;
porque si no ya era fuerza
que aborreciese á Leandro.
¿Pues si ella conociera
tu virtud?... Eres un hombre
de los pocos que se encuentran;
y despues que sea tu esposa
lo conocerá... sí... ella
no es tonta... y en fin tu boda
para mañana dispuesta
tengo... Solo el escribano...

DORANTO.

Yo he de hacer la diligencia:
y permitid que el honor
que me haceis os agradezca.

ESCENA II.

SILVERIO, DORANTO, Y PABLO.

PABLO.

Siempre le estoy encontrando, *Aparte.*
y no consigo mi idea.

DORANTO.

Si un poco aquí me detengo, *Aparte.*
él no gastará reserva,
y me pedirá el dinero
ante este hombre, y es fuerza
dársele entónces: si acaso
me voy, me expongo á que el bestia
de mi criado le diga
mil cosas, que mejor fuera
que no supiese. El marrajo
como me mira.

PABLO.

Suspensa
parece que está la gente.
Señor....

DORANTO.

Tengo mucha priesa:
luego despues me hablarás.

SILVERIO.

Ahora va á una diligencia
precisa.

PABLO.

Para él y su alma.

DORANTO.

Pero sea lo que sea,
mejor es irme, que así
no me pedirá moneda.
Con mi hipocresía el viejo
bastante engañado queda;
y no creo que el criado
escaparse libre pueda. *Vase.*

ESCENA III.

SILVERIO, PABLO, Y COLIN.

SILVERIO.

¿Pero mi hija? No hay duda....
¿y aún tiene correspondencia
con Leandro? ¡Pues cumplió,
como soy, bien su promesa!
¡Que tiempos tan malos estos!

¡miren, miren la obediencia
que se profesa á los padres!
y eso que yo en la cabeza
la encajo que Leandro es
un tal y un qual; pero ella
amarás que te amarás.
Si fuera decir tuviera
el otro con que pasar
así así, he! norabuena.

PABLO.

No tanto...

SILVERIO.

Mas calla, que
Colin veo que se acerca:
verémos si dice algo.
Y bien, ¿Colin?

COLIN.

Si este empieza
con preguntas, tendrá á bien
el quedarse sin respuesta.

SILVERIO.

Ven acá.

COLIN.

Voy allá.

SILVERIO.

Mira;

¿fué tu amo el que ántes cerca
de este olmo habló á mi hija?

COLIN.

No sé nada.

SILVERIO.

¿Pero esta
mañana salió de casa?

COLIN.

Lo embrollaré [1]. Señor, fuera   [1] *Aparte.*
estuvo un rato, y á casa
volvió dentro de hora y media;
aunque no, que comió entónces...
esto fué ayer... pero dexa...
él volvió á casa hecho un santo:
ántes estuvo en la iglesia.

SILVERIO.

¿Con mi hija?

COLIN.

¡Cá! si estuvo
confesándose.

PABLO.

¡Que buena   *Aparte.*
confesion! ¿si será moda
el que confiesen las hembras
á los machos?

SILVERIO.

¿Mas se viéron
Agueda y él?

COLIN.

¡Que tremenda
locura! No puede ser,
señor mio, que se vieran;
porque mi amo se fué
conmigo, y en una senda
que está junto al rio estuvo
quatro horas dando vueltas
y revueltas por matar
una terrible culebra...

SILVERIO.

¡Que culebra ni que diablo!
¿se dará mayor babieca?

PABLO.

¿Miren el tonto si viene
bien enterado? ¡ciruelas!

COLIN.

Pues yo no lo sé: ¿se habrá
visto porfia mas necia?
No me comprenda él, y luego
que me llame quanto quiera. *Vase.*

SILVERIO.

¡Que animal! Vete tambien. *á Pablo.*

PABLO.

Al punto, porque ya cerca
viene vuestra hija, y tendreis
que hablarla. ¡Buena te espera!
Mirando al lado por donde sale Agueda.
pero mi viuda fingida
quizá, quizá... Dios lo quiera.

ESCENA IV.

SILVERIO, *y* AGUEDA.

SILVERIO.

Mal mi cólera reprimo.
Agueda?

AGUEDA.

Señor? *Sale temerosa.*

SILVERIO.

Que buena
caña de pescar. Escucha...
¿Pero que es eso? ¿que tiemblas?

AGUEDA.

Es que tengo frio.

SILVERIO.

Sí?
Mira... dime... ¡ola! ¿empieza
otra vez el frio? creo...

pero escúchame.

AGUEDA.

¡Que nueva
pena me agita! ¡Ay Dios mio!

SILVERIO.

Ven acá, hija perversa,
ven acá.... que ¿te parece
que las cosas no se cuentan?
Ya lo supe... ya lo supe...

AGUEDA.

¡Mi desdicha se completa!
Señor, ved...

SILVERIO.

Yo nada veo,
y no es regular que vea
si no tu maldad... ¿que dices?

AGUEDA.

Nada digo.

SILVERIO.

¡La obediencia!
¿no te encargué que á Leandro
ni le hablaras ni le oyeras?
¿que no le correspondieses?
¿que volvieras la cabeza
á otro lado, si él á hablarte
por casualidad viniera?

y en fin ¿que no hicieras caso
ninguno de él? ¿no te acuerdas?

AGUEDA.

Mas, señor... yo...

SILVERIO.

Calla, calla,
que es peor si me lo niegas.
¡Y quien no se engañaria!
¿*Padre mio*? ¡*cruel pena*! *Remedándola.*
¿*estais enfadado*? *que*,
¿*recelais de mí*? ¡Embustera!
pero yo me vengaré.
Aquí Leandro se acerca...
y quiero... mira que yo
voy á esconderme tras de estas
ramas... ahora es la ocasion...
dile que á verte no vuelva:
que se vaya noramala;
y cuidado...

AGUEDA.

Padre...

SILVERIO.

Ea:
haz lo que digo.

AGUEDA.

¡Dios mio!

SILVERIO *dice estos versos ocultándose entre unas ramas, que estarán prevenidas para este fin.*

¿Si me habrá visto? sintiera
que me viese. Yo los veo
del todo de esta manera,
y ellos no me ven á mí.

AGUEDA.

Es imposible que pueda
despreciarle. ¡Dios supremo!
en tanto mal dadme fuerzas.

ESCENA V.

SILVERIO *escondido*, AGUEDA *y* LEANDRO *que finge no verla.*

LEANDRO.

He visto al viejo esconderse,
y discurro que esta sea
una trama nuevamente
contra un infeliz dispuesta:
por tanto no quiero hablarla.
¡Ay de mí, quanto me cuesta!
Válgame esta industria.

LEANDRO *pasa junto á* AGUEDA *sin hablarla: se encamina adonde está* SILVERIO, *quien sale viéndole ir.*

SILVERIO,

Al tiempo
de pasar, me ve por fuerza.
Salgamos. *Sale:*

LEANDRO.

¿Señor Silverio?

SILVERIO.

¡Señor demonio! *Aparte.*

AGUEDA.

Ya alienta
de nuevo mi corazon.

LEANDRO.

No sabeis quanto me alegra
encontraros, pues ya ha tiempo
que no nos vemos: de veras
os estimo.

SILVERIO.

Sí, lo creo.

LEANDRO.

Desagradecido fuera,
si ahora que voy á irme
de este lugar, no viniera
á despedirme de usted.

SILVERIO.

¿Que os vais? ¿y adonde?

LEANDRO.

Voy fuera
á correr córtes. ¡Ay triste!

AGUEDA.

¿Y se irá? ¡nueva funesta! *Aparte.*

SILVERIO.

Es que me habeis sorprendido:
puede ser que en otras tierras
podais conseguir... ¿quien sabe?
muchos adquieren riquezas
caminando así; y quizá...
porque este lugar no os sienta
muy bien... no, no estais sobrado.

LEANDRO.

Mas tampoco en la pobreza
estoy, señor, sumergido.
Una moderada renta
tengo con mi mayorazgo:
yo no he contraido deuda
ninguna, y á mi criado
nada le debo: yo de esta
manera paso muy bien,
que no soy de esos que intentan
gastar mas de lo que tienen,

y que nada les contenta.

SILVERIO.

Decis muy bien: voy á ver
que tal le sienta la nueva
que intento darle. Tambien
estoy yo de enorabuena:
mañana caso á mi hija
con un hombre de muy buenas
qualidades, y es dolor
que usted esté tan de priesa...

LEANDRO.

¡Que hombre tan necio! Señor,
me voy con vuestra licencia.
Quedad con Dios.

SILVERIO.

Toma, toma...
miren por donde resuella.

LEANDRO.

El cielo de dicha os colme,
y á vuestra familia entera:
vos, señora... ¡ay! yo no puedo
fingir mas: mi pasion ciega
me precipita. Los cielos
os guarden.

AGUEDA.

¡Ay, yo estoy muerta!

¿Con que os vais?

SILVERIO.

¿No lo has oido?
Tanta pregunta y respuesta;
pues amigo, buen viage,
agur: vamos, que te espera *á Agueda.*
Doranto.

Se suben poco á poco por la cuesta.

LEANDRO.

Marchad con Dios.
¡Oh, ambicion cruel y fiera!

AGUEDA *desde léjos vuelve la cabeza, y dice con dolor:*

A Dios, estimado dueño.

LEANDRO.

Ya en fin mi adorada prenda,
mi dulce Agueda, en fin,
se alejó de mi presencia.
¡Que hombre tan avaro! ¡que hombre
tan cruel! con impaciencia
espero del desafio
con Doranto la respuesta,
por ver si es su valentía
qual su seduccion perversa.
¿Le has dicho á Doranto?..
A Pablo que sale apresurado con Liseta.

ESCENA VI.

LEANDRO, PABLO, *y* LISETA.

PABLO.

Son
vanas esas morisquetas:
váyase usted, porque él viene,
y ámbos tenemos dispuesta
una trama, que quizá
nos dará gracias por ella

LEANDRO.

Vana será; mas no obstante,
me marcho. *Vase.*

PABLO.

No te detengas,
anda á vestirte.

LISETA.

Aquí traigo
el vestido.

PABLO.

Pues bien: ea,
al asunto, y ligerita;
y cuidado con mis señas.

LISETA.

No te dé cuidado nada,
porque á todo estaré atenta. *Vase.*

ESCENA VII.

PABLO, *y despues* DORANTO.

PABLO *sacando una caxa de oro del bolsillo.*

Mi amo olvidada dexó
la caxa sobre la mesa,
y si no me da el salario
me haré propietario de ella.

Sale DORANTO *sumamente precipitado por un lado del teatro, y va á irse por el otro.*

PABLO *le detiene diciendo:*

Señor, señor.

DORANTO.

Déxame,
déxame, no me detengas,
que Agueda me está esperando,
y me es forzoso ir á verla.

PABLO.

No crea usted que le voy
á hablar de mis cosas.

DORANTO.

Dexa
que vaya á ver á mi dicha:
estoy deseando verla.
El amor, el dulce amor...
Hombre, por Dios, que me espera.

PABLO.

Pues, señor, váyase usted,
y haga todo quanto quiera.
Nunca lo hubiera creido,
que usted solo por un tema
despreciase una fortuna
tan grande... No lo creyera.

DORANTO.

¿Que quieres decir con eso?

PABLO.

¡Ahí es una friolera!
Pues, como quien nada dice,
el amor que usted profesa
á Agueda, del todo es causa
que usted la proporcion pierda
de casarse con la viuda
que en diversas concurrencias
vió usted, y siempre tapada.
¡Una viuda como aquella!

Doranto, que hasta aquí ha estado como distraido, escucha con mucha atencion las palabras de Pablo.

¡Viuda de cien mil doblones!
No es nada la diferencia
que hay...

DORANTO.

Pero, hombre, escucha,
esa noticia no es cierta;
si te he dicho varias veces
que la viudita aquella
despareció de Madrid.

PABLO.

Vaya, vaya, ¿que usted sea
tan tonto? ¿por que seria
aquella marcha supuesta?
por ver si usted era firme,
por ver si amaba de veras.
No hay que cansarse, la viuda
ha venido en busca vuestra.

DORANTO.

¡Es posible!

PABLO.

¡Y tan posible!
pero vamos, que le espera...

DORANTO.

Acaba, Pablillo, acaba.

PABLO.

¿Y aquella prisa primera?

DORANTO.

Al asunto.

PABLO.

Ya dió fuego.
No digo que usted no sea
buen amante; mas no obstante,
¿no será una cosa necia,
que á caudal tan formidable
usted á Agueda prefiera?

DORANTO.

Hombre, es verdad, dices bien,
y veo que será fuerza
que sacrifique mi amor.
Con renta tan estupenda
se mantiene un regimiento
con comodidad entera,
y uno es útil á su Rey;
y el vasallo que desea
servirle, debe en verdad
dar la vida en su defensa.
Mas dime el lance...

PABLO.

El lance es,
que habrá cosa de una media
hora que me paseaba,
quando veo que se acerca
uno á mí que no conozco;
y preguntándome si era

yo al que usted servia, dixe
que sí, y luego, sin que hubiera
mas preámbulos, me dió
órden de que á usted dixera,
que la viuda del Baron...
de Estembembaurg creo que era,
le buscaba á usted: en fin
me dió individuales señas
de todo, y aun me ofreció
de su parte unas monedas,
si hiciese que ustedes dos
por casualidad se vieran.

DORANTO.

Pues por mí las ganarás:
mi alma siempre satisfecha
está quando hace un favor.

PABLO.

Pero eso no se cuenta
por salario

DORANTO.

Dime mas.

PABLO.

Ahora nada me da pena,
que la caxa está en rehenes. *Aparte.*

DORANTO.

¿Y tú le diste respuesta?

PABLO.

Yo le pregunté primero,
hácia donde iria ella
á pasearse, y me dixo
que hácia aquí... mucho me alegra
eso, repliqué; mi amo
tambien debe pasar cerca
de este sitio, y se hallarán.

DORANTO *con viveza.*

Bendita sea tu lengua.

PABLO.

Y ya no puede tardar:
con que, señor, tened cuenta
con lo que haceis.

DORANTO.

Bien está;
eso á mi cuidado queda.
¡Cáscaras, que bien me viene!

PABLO.

Mucho tarda ya Liseta.

Mirando á un lado del teatro.

DORANTO.

¿Si será aquella?

PABLO.

¡Ella es!
Disimulo, y á la empresa.

ESCENA VIII.

DORANTO, PABLO, y LISETA, *que sale con timidez vestida de negro, cubierta la cabeza con un velo fingiendo ser la viuda.* PABLO *la hará señas sin que lo vea* DORANTO, *y se pasearán fingiendo no haberla visto.*

PABLO.

¿Con que no hay nada de nuevo?
¿Que se dice de Inglaterra?
Usted ya habrá recibido
varias cartas holandesas.
Solitario está el paseo,
y la tarde está muy buena.
¡Que ayre tan apetecible!
¡que suavidad! ¡que belleza!

LISETA.

¡Ay!... *Suspirando.*

DORANTO.

¿La viuda ha suspirado?
Yo no sirvo para estas
cosas de fingir... ¿La hablo?

PABLO.

Paciencia, señor, paciencia.

DORANTO.

Esta es mi amable invisible,
esta es : ya no me resta
duda alguna.

PABLO.

Yo reviento.
Vamos, la ocasion es buena,
háblela usted.

DORANTO.

Mejor es.

Liseta paso á paso se ha puesto debaxo del olmo, donde llega Doranto á hablarla.

¡Madama! ¿que lisonjera
fortuna os traxo á este sitio?
Hablad, señora.

LISETA *suspirando.*

Ay!

DORANTO.

O! fuera
vayan esos sentimientos.

LISETA *fingiendo siempre la voz.*

Vengo á ver si me consuela
la soledad....busco un sitio
donde gemir libre pueda.

PABLO.

Que bien finge la maldita,
ya he conseguido mi idea.

DORANTO.

Madama, por lo que veo,
es preciso que usted sea
la mas hermosa de quantas
mugeres hay en la tierra.
Ya os he dicho varias veces,
que ningun otro se encuentra
que guste de consolar
mas á las damas.

LISETA.

Mas vuestra
persona es tal, que no pueden
ménos de afligirse aquellas,
realmente desdichadas,
á quien usted no consuela.

DORANTO.

Muéranse todas de envidia:
no me importa, como pueda
conseguir el agradaros.

PABLO.

Buena, buena va la fiesta.

LISETA.

Callad, callad caballero.

Sí, callad por Dios, no sea
que me horroriceis... rendida
os lo suplico, que apénas
hace ocho años que ha muerto
mi primer esposo. Fuera
ingrata sino llorara.

PABLO.

Ahora haciendo la desecha
me voy.

DORANTO.

Vete. *á Pablo.*

PABLO.

En el instante.
¡Dios te la depare buena! *Vase.*

ESCENA IX.

LISETA, *y* DORANTO

DORANTO.

Señora, ya estamos solos,
hábleme usted quanto quiera.
No creo de ningun modo,
y no es justo que lo crea,
que usted olvidase las
finas y amantes promesas
que me hizo en Madrid. Si usted

fuera posible que viera
el dolor que me ha causado
esta dolorosa ausencia...
Ah! Madama!... Pero el lance *Aparte.*
es que siempre está cubierta.

LISETA.

Que... ¿creeis que me engañais?
O! ingrato, ¡quien os creyera!
Es cierto que me engañáron
al principio vuestras prendas
de tal modo, que cifré
solo en vos mi dicha entera.
Me prometísteis ser fiel,
y yo lo creí. ¡Quan necia
procedí entónces! No obstante,
quise, y en esto fuí cuerda,
conocer si la pasion
que mostrábais era cierta.
Fingí una marcha; mas vos
sí que os marchásteis de veras.
Supe que os habíais ido,
pero no adonde... ¡Que pena
para un alma enamorada!

DORANTO.

Madama, tanta tristeza
no me causeis: permitid

que vea vuestra faz bella.

LISETA *descubriéndose.*

Vedme aquí por un momento.
Vedme, cruel.

DORANTO.

¡Que belleza
tan admirable!

LISETA.

No importa *cubriéndose.*
que sea hermosa ó que sea fea
á un hombre que una traicion
me tenia así dispuesta.

ESCENA X.

DORANTO, LISETA, SILVERIO, AGUEDA *y* PABLO, *que los traerá de la mano con gran sigilo, y que los coloca detras de un árbol, de modo que no puedan ser vistos.*

PABLO.

Silverio, escuchad, y ved
de Doranto las ideas.

SILVERIO.

¡Es que estoy todo temblando!
¡No sé que el alma recela!

AGUEDA.

Nuevo rayo de esperanza
en mi corazon se alienta.

DORANTO.

Mas dulce objeto ¿de que
provienen tan duras quejas?

LISETA.

Son, Doranto, bien fundadas.
Decidme, ¿no está dispuesta
vuestra boda?

DORANTO.

Ah! ya os comprendo,
mas permitid que licencia
tome ahora de deciros
que no es justa vuestra ofensa.
Despues que vuestra partida
supe, falsa ó verdadera,
os busqué, y viendo que en vano
todo mi cansancio era,
me marché desesperado
de Madrid.... ¡y quien creyera
que otra vez pudiese hallaros!
Mas no quiero esteis suspensa.
Despues en fin que os perdí,
imaginé que la adversa
fortuna no nos uniese

segunda vez, y con estas
memorias crueles estaba
sumergido en duras penas.
Puse los ojos en una
labradora mocosuela,
pero rica.... mas Madama,
¿yo amarla miéntras viviérais?
¡Que locura! Esto fué solo
por diversion y por fiesta.
La tomé como una mona
para que me divirtiera;
y luego su padre es la
criatura mas majadera
y ansiosa que puede hallarse....
es bruto, es tonto, es babieca...
es quanto malo hay que ser.
¿Pues como, como pudiera
olvidaros?... Ah Madama!

SILVERIO.

Ah bribon! si salgo fuera....
Déxame, Pablo, á matarle
voy si Dios no lo remedia.

PABLO.

Es preciso contenerse.

SILVERIO.

¡Yo bruto! tonto! y babieca!

LISETA.

Pero no obstante deseo
que digais en mi presencia
á esa débil labradora
que no la amásteis de veras,
que todo fué burla y chanza.

DORANTO.

¿Delante de usted?

LISETA.

Es fuerza
para mi satisfaccion.
¿Que dificultad se encuentra?

DORANTO.

Es que es un golpe mortal
el que recibe con esa
confesion.... se la asesina
enteramente, y quisiera
tener precaucion con una....
que, ya que he de hacer entera
confianza, tuvo por mi
debilidades diversas.

AGUEDA.

¡Hombre cruel y perverso!

LISETA.

Pues bien, creo que eso sea
y dexo tal pretension.

DORANTO.

Para poder daros pruebas
de mi amor os seguiré
á las mas lejanas tierras.

LISETA.

Pues vaya usted al momento
á prevenir sus maletas
y baules, que debaxo
de este olmo mi afecto espera.

DORANTO.

Al punto vuelvo, Madama.
Puede ser que tambien ésta *Dice estos ver-*
se lleve chasco despues *sos yéndose ya.*
como pille sus pesetas.

ESCENA XI.

LISETA, SILVERIO, AGUEDA *y* PABLO.

SILVERIO.

Ya se fué, y puedo salir.
Ah infame! quien te cogiera:
¿pero quien será esta viuda?
No, pues yo pretendo verla.

PABLO.

Vaya señor, ¿que os parecen
de mi amo las ideas?

SILVERIO.

¡Ay Pablo! ¡quanto te debo!
la divina omnipotencia
puede pagarte tan solo.
¡Maldita mil veces sea
mi ambicion! A que peligros
se ha visto expuesta por ella
toda mi casa.... Hija mia,
entre mis brazos te estrecha.
Este hombre me seduxo,
este hombre de mi necia
avaricia se valió...
¡Quanta mi desgracia fuera
si á un hombre tan vil y malo
la mano de mi hija diera!
No, hija mia, de Leandro
es justo que esposa seas.
Él es virtuoso.

AGUEDA.

Padre,
¡que nueva fortuna es esta!
Postrándose á los pies de su padre.

PABLO.

Bueno.

SILVERIO.

Tú á Leandro llama, *á Pablo.*

y dile que aquí le espera
quien de veras le ofendió.

PABLO.

Ya es tiempo de hacerle señas,
por que él aquí está escondido
sin que ninguno lo sepa.

SILVERIO.

Ofendí á un jóven virtuoso.

Sale Leandro apresurado y se humilla ante Silverio.

LEANDRO.

Señor, á las plantas vuestras
con lágrimas de placer
un agradecido llega.

SILVERIO.

No, no, bien he conocido
que te agravié; pero esta
ofensa me hace desear
que en union dulce y estrecha
seas de mi hija esposo.

Pablo entretanto estará hablando con Liset.

LEANDRO.

¡Cielos mi fortuna llega
á tal extremo!.. Mi bien. *á Agueda abrazándola.*

AGUEDA.

Leandro...

SILVERIO.

El cielo proteja
vuestro enlace. No extrañeis, *á Liseta.*
señora mia , estas tiérnas
demostraciones de amor,
debidas á la clemencia
del supremo Dios... Bien sé
que vos estimais de veras
á Doranto... No le amárais
si qual yo le conociérais....
Mirad que es el mas perverso....

LISETA.

Bien le conoce Liseta, *Descubriéndose.*
que es por quien habeis sabido
todas sus mañas horrendas.

Todos.

¿Liseta?

LISETA.

Por fin logré
mi intento. ¡Quanto me alegra
haberos desengañado!
¡Que placer causará una buena
accion á quien la executa!
Tú has sido la causa de ella,
Pablito mio , y mi mano
será tuya en recompensa.

PABLO.

Pero las gracias para otra
ocasion, señores, quedan.
Ahora váyanse, que mi amo
vendrá, y engañarle es fuerza.

SILVFRIO.

Vámonos, que este misterio
nos le contará Liseta.

LEANDRO.

¡Que gozo, Agueda, igualar
puede al que en mi pecho reyna!

AGUEDA.

¡Ay Leandro, nunca el cielo
abandona á la inocencia!

PABLO.

Se logró sin desafio
toda la esperanza nuestra.

AGUEDA.

Vamos, estimada amiga. *á Liseta.*

LEANDRO.

Mucho te debo, Liseta.

ESCENA XII.

PABLO *solo.*

Yo nunca desconfié:

¿mas quien juzgara que fuera
tan bueno el efecto? sin
verlo nadie lo creyera.
La novia ya está segura.
¡Que notable diferencia
de los designios de mi amo
á los que mi pecho alberga!
Si él á Aguedita queria,
solo la avaricia fiera
le movia ; pero á mí
solo me mueve la tierna
pasion que á Liseta tengo.
Pero ahora se me acuerda
que la caxa de mi amo
tengo guardada.... Pero esta
caxa ¿de donde vendria?... *Sacándola del*
es primorosa y perfecta.... *bolsillo.*
pues si no me da el salario,
no haya miedo se la vuelva.

ESCENA XIII.

DORANTO *precipitado con un talego debaxo del brazo, en que denota llevar su ropa, y* PABLO.

DORANTO.

Dime, dime, picaruelo, *Viéndole la caxa.*
¿quien te mandó coger esa
caxa mia? ¿se habrá visto?...
¿te he dado yo la licencia?
¿bien pudiera yo buscarla?

PABLO.

Es muy justo que la tenga
yo en rehenes.

DORANTO.

Ya comprendo.
Pues bien quédate con ella.
Vale poco, y ademas
la viuda tiene riquezas;
pero ella aquí me esperaba.
¿Donde estará?... ¡Bueno fuera!
Hombre, has visto á la viuda....

PABLO.

¡Ay señor! que llegó nuestra
desgracia á lo sumo ya.
¡Como es posible me atreva

yo á decírselo!

DORANTO.

¡Que diablos!

PABLO.

Yo venia á esta pradera
quando junto á mi pasáron,
como u-na me-dia do-ce-na
de hom-bres cor-rien-do á ca-ba-llo.
con la viu-di-ta....

DORANTO.

¡Hay mas penas!

PABLO.

Y ella gri-tan-do la-dro-nes,
sal-tea-do-res.

DORANTO.

¡Que tristeza!

PABLO.

El caballo está ensillado,
si usted seguirlos intenta.

DORANTO.

Hombre, déxalos... quizá
habrá sido alguna pega,
y mejor es lo seguro....
No sea el diablo que pierda
á Aguedita... pero calla
quanta gente aquí se acerca.

ESCENA XIV.

SILVERIO, AGUEDA, LISETA, LEANDRO, PABLO, DORANTO, *y* ALDEANOS *y* ALDEANAS.

PABLO.

¿Si serán disposiciones,
señor, de la boda vuestra?

DORANTO.

Regularmente.... Señor, *á Silverio.*
aquí mis cosas dispuestas
traigo para nuestra boda.

SILVERIO.

Estoy por darle tal felpa
si le agarro.... ¿Que quereis,
gran picaron, que consienta
sea mi yerno un bribonazo
que de males y vergüenza
llenaria mi familia?

DORANTO.

¿Que es lo que hablais?

AGUEDA.

Manifiestas
han sido vuestras maldades.

SILVERIO.

Vuestras maldades perversas

vi yo con mis propios ojos.
Amigos, nada os detenga; *á los Aldeanos.*
emplead vuestra saña en ese
infame mala cabeza,
matadle....

LISETA.

No, deteneos,
deteneos; si escarmienta,
harto se consigue....

DORANTO.

¡Cielos!
¿No es la viudita aquesta?

PABLO.

Y mi novia....

DORANTO.

¡Ah! ladronazo....

Los Aldeanos se abalanzan con fuerza á Doranto con ánimo de darle, y Leandro los contiene, diciendo:

No, amigos: por él os ruega
el verdadero agraviado:
vuestro enojo se contenga....
Y pues veis que por vos pido *á Doranto..*
desistid de esas ideas,
y ved que si vuestros vicios
acaso á saberse llegan,

la ley os castigará
con las penas mas severas.
Mas marchad de este lugar,
porque si no, veo expuesta
vuestra persona, Doranto,
al enojo, á la soberbia
de todos los Aldeanos,
vuestra maldad descubierta.

DORANTO.

¿Y que sufra tal ultrage
un sugeto de mis prendas?
Pablo.

PABLO.

Pablo no responde:
con usted no quiere fiestas.

SILVERIO.

Amado, querido Leandro,
tu hermosa virtud me enseña.

DORANTO.

¿Tú tambien, criado vil,
tú tambien ahora me dexas?
Pero en este pueblo ingrato
yo sabré vengar mi ofensa.
Vendré á saquearle al frente
de un regimiento. Pavesas

he de hacer todo el lugar.

Vase atolondrado con la mayor precipitacion por la cuesta.

LISETA.

Os ayudará en la empresa
sin duda alguna la viuda.

PABLO.

Bien aviado va el bestia.

ESCENA XV. *y última.*

SILVERIO, AGUEDA, PABLO, LEANDRO, LISETA, COLIN *y* ALDEANOS, &c.

COLIN.

¡Mayor zoquete!.. Doranto *Gritando.*
va hecho un diablo por la cuesta
que está ahí cerca, y al pasar
me dió una coz en la pierna.

LEANDRO.

Reynen solo los placeres,
ahuyentada la tristeza,
pues yéndose hombre tan vil,
tambien la inquietud nos dexa.

PABLO.

Por Doranto la ambicion
de Silverio ya fué á tierra....

Siempre se suele decir,
No hay mal que por bien no venga.

SILVERIO.

Ahora vámonos á casa.

AGUEDA *y* LISETA.

Y en paz y quietud serena
gozarémos del amor
la calma mas lisonjera.

LEANDRO.

Sí, la gozarémos, sí,
pues solo Doranto era
quien la nuestra perturbaba.
Si esto los hombres hicieran
con todos los seductores
y malvados que destierran
la dulce apacible paz,
¡quanto mas reposo hubiera!

DICCION

LEGISLACION

DON JOA

ABOGADO

Segunda edi